

LOS últimos comicios municipales me han hecho ver, sobre todo en la prensa comercial, ese humilde vocero que paulatinamente va consolidando posiciones de lectura y de empresa, una opinión mayoritaria entre el sector de los que no son ni de unos ni de otros en esta polarización política que va camino, si no estamos ya, de desintegrar a todas las otras formaciones políticas.

Se trata de anteponer los intereses de la ciudad a los del partido. Si una ciudad tiene, pongamos por caso, una universidad internacional de la Pau, un festival de teatro de relieve o una fiesta patriótica en torno a un árbol simbólico hay el deber moral de contemplar esas iniciativas como elementos ya integrados definitivamente en la estructura social de Sant Cugat del Vallès, Tàrrega o Berga, por citar estas primeras ciudades atendiendo al éxito obtenido.

Las ciudades, se lee en esta prensa comarcal, desean auténtico servicio de gestión y no pequeños parlamentos que reproduzcan estériles situaciones para el progreso de futuro que todos dicen querer. Cuando el consistorio tiene problemas económicos se suelen tomar medidas tajantes como el endeudamiento a medio plazo o bien la planificación mancomunada.

El caso de Barcelona es sumamente especial. Históricamente, Madrid se ha beneficiado del drenaje de fondos de todo el Estado en beneficio propio por cuatro grandes sectores:

POLÉMICA

JOSEP MARÍA FIGUERES

Miembro del club Arnau de Vilanova



La tendencia histórica a favorecer la expansión de Madrid y la concentración de recursos financieros en la capital llevan al autor a invocar un esfuerzo de las fuerzas políticas catalanas para que, ol-

vidades sus rivalidades, cooperen para asegurar para Barcelona recursos financieros suficientes, de los que no disponen las instituciones autonómicas o locales

De Madrid al cielo y de Barcelona al mar

Primerº. — Por los recursos financieros del propio Estado al concentrar un modelo de impuestos centralista sin dejar margen suficiente para los ayuntamientos, las diputaciones, etcétera.

Segundo. — Por los recursos financieros de las empresas públicas, de los monopolios, de los capitales derivados del manejo de fondos estatales, que son las mayores empresas del país, como se demuestra con solo citar los nombres de Telefónica, Renfe, CAMPSA, Correos, Iberia.

Tercero. — Por la creciente y alarmante concentración bancaria en pocas manos. Los siete grandes, como las siete herma-

nas de otro continente, obligan con sus filiales, sus participadas, sus fondos, en suma por el total que manejan, que Madrid sea considerada la capital del capital.

Cuarto. — Por la captación, sumando los tres factores anteriores, de un nuevo foco, las multinacionales, que se ven con tantas facilidades que no se lo piensan dos veces al escoger el centro como base de operaciones.

Finalmente, Madrid se ha convertido en una apetecible mercado con sus casi cinco millones de consumidores de poder adquisitivo medio-alto, que obliga a establecer sucursales, delegaciones, etcétera, cuando

no las sedes, por aquello de estar cerca del poder político.

Barcelona se ha hecho a sí misma. Es más, cuando crecía, tenía obstáculos. La iniciativa privada barcelonesa ha contribuido, como todo el Estado, al florecimiento de Madrid. ¿Qué quiere decir, si no, que en 1879 las carreteras las paga el ministerio de Fomento y el kilómetro cero es la Puerta del Sol o la de Alcalá, que para el caso es lo mismo, puesto que no es el presupuesto municipal quien pagó estas obras públicas de una ciudad. Para rematarlo, las empresas públicas juegan a la contra. Así, Renfe se opone al tren de alta velocidad para Barcelona, mientras Co-

reos todavía no se catalaniza.

Se impone un diálogo entre las fuerzas catalanas para, olvidando diferencias que el paso del tiempo hace ver que son fracasos reales, relanzar Barcelona en todos los ámbitos, desde el aeropuerto hasta el urbanismo de Ciutat Vella, desde las instalaciones de los JJOO hasta aquellos grandes espacios que necesitamos, pues si Madrid es la capital del Estado, Barcelona es la capital de Catalunya y precisa medios suficientes y no raquiticos para crecer.

PARA llegar a las cotas máximas se necesita dinero y ni el ayuntamiento, ni la diputación, ni la Generalitat pueden más. Cada uno llega a su techo y para los ayuntamientos, como explicó el alcalde Joaquim Nadal, se quiere la tasa europea de participación en los impuestos. Para la Generalitat, como insiste el presidente Pujol, hay que transferir fondos para realidades en expansión obligada como TV-3, la normalización lingüística, los Mossos d'Esquadra, etcétera.

Solamente una actitud reivindicativa, una solidaridad catalana ante Madrid, puede conseguir, como machaca Ramón Trias Fargas, que de cada peseta que sale de Catalunya revierta en un porcentaje justo y no tan simbólico. Si hemos de esperar que la Generalitat sea socialista o el ayuntamiento de Barcelona convergente, pasarán años, pero mientras tanto de Madrid al cielo y Barcelona de cara al mar.